

PREPARÁNDOSE PARA GINEBRA II

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

A pocos días de que se celebre la conferencia de paz de Ginebra II sobre la cuestión siria, estamos viendo cómo en las últimas semanas las distintas partes en conflicto se están preparando para llegar a ella con una posición de fuerza. Al margen de los intereses y afinidades de las distintas potencias internacionales en esa reunión, los protagonistas más directamente implicados son tres: el gobierno de Bashar al-Asad, la oposición rebelde y los yihadistas que operan en suelo sirio. De estos tres actores, el que está en mejores condiciones de asistir a la cita ginebrina es, sin duda, el ejecutivo de al-Asad. Y esto es así por varias razones. Primero, porque, gracias al apoyo de Rusia, ha podido evitar un ataque de Estados Unidos. Segundo, por su colaboración con los representantes de la OPAQ y de las Naciones Unidas para destruir sus arsenales químicos. Tercero, porque en cuanto se convocó la conferencia, el régimen anunció su asistencia, queriendo transmitir el mensaje de que estaba dispuesto a tomar medidas encaminadas a la consecución de la paz. Cuarto, por la propia división del campo opositor, con unos yihadistas cada vez más envalentonados que le están quitando protagonismo a los primeros rebeldes al régimen. Finalmente, por la ofensiva del Ejército sirio sobre la región de Aleppo, lo cual constituye una muestra de su firme deseo de controlar el camino hacia la frontera con Turquía, país que apoya a los opositores y que, por consiguiente, constituye una vía fundamental de suministros de todo tipo. Ahora bien, el hecho de haber utilizado “barriles de explosivos”, según han denunciado el Observatorio Sirio de Derechos Humanos, con sede en Londres, y el propio secretario general de la ONU, Ban-Ki-moon, resulta a todas luces rechazable, ya que supone una muestra gratuita de crueldad contra la población civil.

En mi opinión, en peores condiciones acude la oposición a Ginebra II. Fundamentalmente, por la ausencia de unidad entre todas las fuerzas rebeldes al régimen. A la división ya mencionada, hay que añadir que entre los opositores originarios tampoco hay unanimidad plena. De hecho, no es lo mismo quienes están peleando sobre el terreno que quienes viven en el exilio, por ejemplo. La reunión de las distintas fuerzas disidentes sirias celebrada en Córdoba los días 9 y 10 de enero ha pretendido, precisamente, salvar este escollo. La declaración final de esta conferencia no deja de ser, en cierta medida, retórica, ya que se insiste en puntos tales como que la solución pasa por el derrocamiento del régimen y de todos sus símbolos, la petición de una transición con un gobierno plenamente ajeno al régimen actual, la necesidad de devolver la iniciativa al pueblo o la exigencia de la expulsión del país de todas las milicias extranjeras. Desde luego, no parece muy sensato querer ir a una conferencia de paz como la de Ginebra II solicitando de partida el abandono inmediato del poder por parte de al-Asad sin pensar en fórmulas de transición menos maximalistas. Más aún si tenemos en cuenta que el régimen cuenta con numerosos apoyos dentro de la población siria. Si no fuera así, el presidente hubiese sido destituido hace tiempo, como lo fue Mubarak en Egipto, sin ir más lejos. En Siria, entre otras cosas, se está librando una guerra civil y cada parte tiene su cuota de apoyos, por lo que no parece muy realista que la oposición pida sin más la salida del presidente. Es más, cuando hablan de dar la iniciativa al pueblo, ¿de qué hablan? ¿Sólo del pueblo que apoya la oposición o de todo el pueblo, es decir, también de aquél que apoya al régimen? Por no hablar del término “pueblo”, tan pre-político. ¿Por qué no haber utilizado el término “ciudadanía”, mucho más acorde con el lenguaje democrático? Y en cuanto a las milicias extranjeras, se habla de Hezbolá y de los yihadistas. Que se sepa, la primera está en Siria apoyando al régimen, pero sin perspectiva de quedarse en un futuro, mientras que los segundos tienen unas intenciones mucho más perversas.

En efecto, el tercer agente en el conflicto lo conforman los combatientes yihadistas, primero bien vistos por los opositores y hoy en día percibidos como auténticos enemigos de la “revolución”. Alimentados por países como Arabia o Qatar, todo hace indicar que han llegado a Siria para quedarse. Desde luego, nada les interesa las posibles propuestas democratizadoras de los opositores que se levantaron en marzo de 2011 contra el gobierno. Si nos fijamos en uno de esos grupos que

operan en la zona, el Estado Islámico de Irak y Levante, estrechamente vinculado a Al-Qaeda, vemos que su intención es clara: la formación de un estado islámico en la región que no conozca de las fronteras actuales en la podrían quedar englobados los sunitas de la zona. En esta lógica hay que atender los numerosos atentados perpetrados en Irak, dirigidos contra el gobierno del chiíta Nuri al-Maliki, el haber declarado la guerra a todas las facciones opositoras al régimen de al-Asad por no compartir sus objetivos y las matanzas cometidas por sus militantes tanto en Irak como en Siria. ¿Están los rebeldes en condiciones de expulsar a unos yihadistas cada vez mejor organizados? ¿Acaso creen que con una simple declaración de intenciones los terroristas estarán dispuestos a abandonar Siria? ¿Hasta qué punto este país corre el riesgo de poder lograr un cierto acuerdo en Ginebra II, pero tener que convivir con el terrorismo del EIIL, como, en buena manera, le sucede ahora a Irak? Son preguntas difíciles de responder, pero que, desde luego, nada de lo expuesto en la reunión de Córdoba parece apuntar solución alguna. Con semejante panorama, quizás convendría que los opositores rebajasen sus pretensiones respecto del régimen de al-Asad y trataran de consensuar una transición con él a fin de resolver los graves problemas que, sin duda, ha de presentar la Siria postbélica, incluido el de un terrorismo feroz que antes del conflicto no existía.

12 de enero de 2014